

LA NADA Y LO ABSOLUTO II

SANDRA GONZÁLEZ

LA RESPUESTA
EN LA
SANGRE



Título: La Nada y lo Absoluto. La respuesta en la sangre

Primera edición: octubre, 2024

© 2022, del texto e ilustraciones: Sandra González Jiménez.

© 2022, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-69-6

*A las personas valientes que confían en su instinto
y no permiten que el ruido les afecte.
A ti, por darle una oportunidad a «El poder en los huesos»
y continuar conmigo en la aventura.*



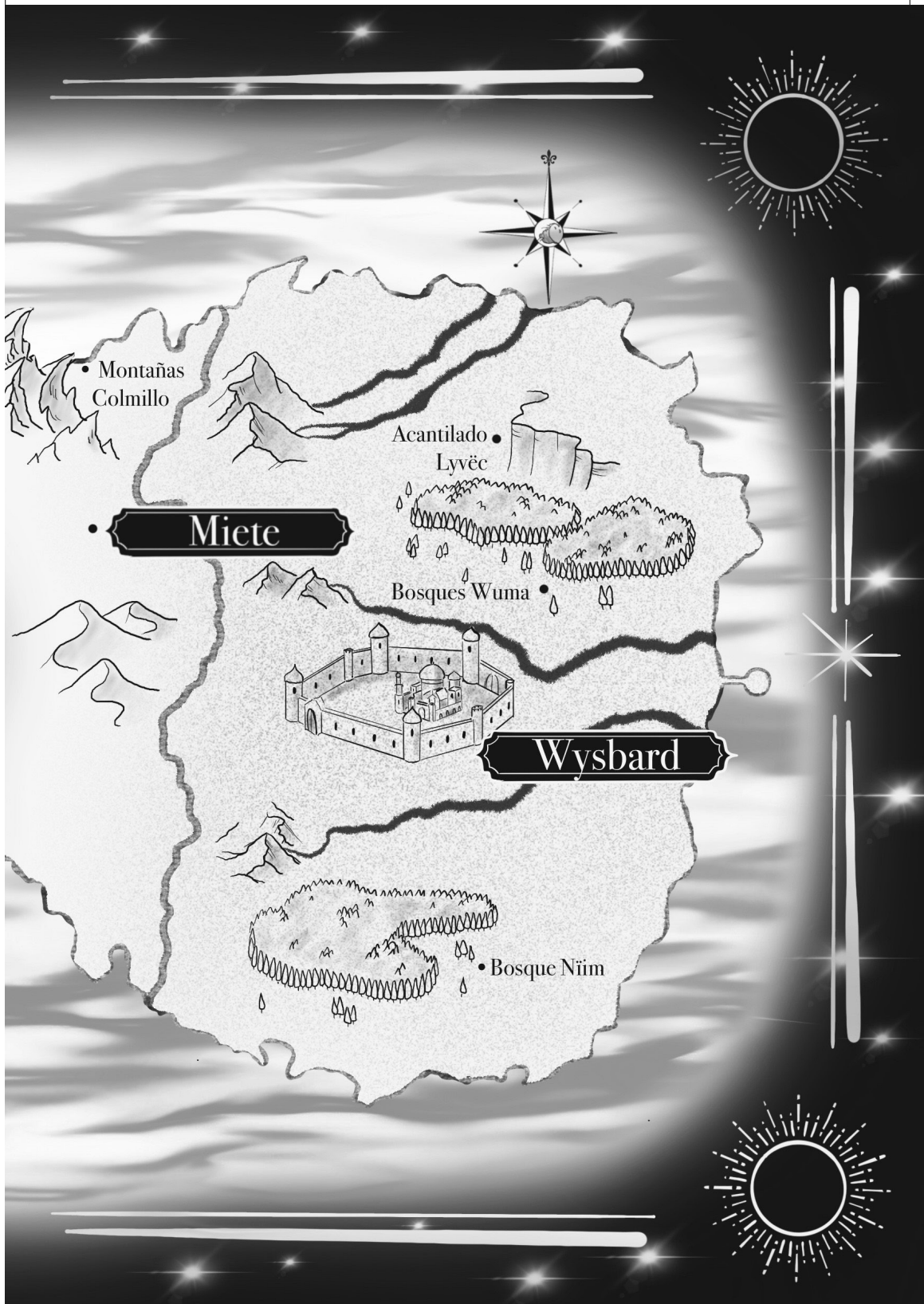
Ferrel

• Lago de lava

• Bosques Nymph

Idilya



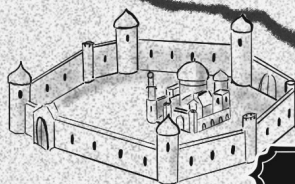


• Montañas
Colmillo

Acantilado •
Lyvēc

• **Miete**

Bosques Wuma •



Wysbard

• Bosque Nīim

ÍNDICE

Capítulo 1 Sira.....	11
Capítulo 2	27
Capítulo 3	39
Capítulo 4	49
Capítulo 5	61
Capítulo 6	77
Capítulo 7	83
Capítulo 8	93
Capítulo 9	99
Capítulo 10	105
Capítulo 11	115
Capítulo 12 Nhero	123
Capítulo 13 Sira	127
Capítulo 14	137
Capítulo 15	149
Capítulo 16	157
Capítulo 17	167
Capítulo 18	175
Capítulo 19	189
Capítulo 20	199
Capítulo 21	211
Capítulo 22	221

Capítulo 23	229
Capítulo 24	239
Capítulo 25	251
Capítulo 26	261
Capítulo 27 Nhero	269
Capítulo 28 Sira	281
Capítulo 29	299
Capítulo 30	307
Capítulo 31	323
Capítulo 32	329
Agradecimientos.....	339



Cuando consigo girarme para ver lo que había pasado, dejo escapar una risa del todo inapropiada y que prácticamente no puedo reconocer como mía.

Vetnik gritaba con la cara desencajada y rodeaba su antebrazo cercenado chorreando sangre con su mano derecha. La izquierda permanecía colgando de mi brazo. La tiro con rabia al suelo y la piso con las pocas fuerzas que me quedan antes de dejarme sostener por los brazos del rey de Ferrel, Señor de la Noche, Creador de Sombras, mi voz... Nhero Sjena'Noc.

—Démela, yo la llevaré a sus aposentos.

¿A mis aposentos?

Yo ya no tengo aposentos. No formo parte de la Guardia Real de Wysbard. No puedo permanecer en palacio.

Por un momento, las palabras de Dorkhan consiguen que aparte el dolor a un lado y me hacen pensar en todo lo que tenía y creía permanente antes de que todo esto ocurriera. Las ilusiones y sueños infantiles que ahora me parecen sacados de los cuentos de hadas.

Antes del dichoso baile, los planes que tenía eran, en cierto modo, sencillos. Podían reducirse en avanzar con mi recién estrenado romance con Dorkhan y acompañar a la princesa Ezna a Ferrel como su Guardia Personal y recabar información para acabar con su rey. A ello puedo sumarle el averiguar cómo en el reino oscuro consiguieron recuperar todo

su poder, investigar por qué los lupens atacaron la ciudad y disfrutar de alguna noche más en la taberna con Los Cinco antes de partir hacia el reino oscuro.

Nada de ello contemplaba que fuera a ser expulsada de la Guardia Real y, por lo tanto, dejaría de ser la Guardia Personal de la princesa. Tampoco que acabaría siendo brutalmente castigada y humillada públicamente, que descubriría que mi voz es, precisamente, el ser de quien me debo vengar y que acabaría perdiendo un ojo antes de acabar encerrada en las mazmorras de Wysbard.

Pero a lo mejor la sangrienta escena con Vetnik gritando por su brazo recién cortado que, por desgracia, estoy segura de que ya se estará autocurando, mi torso desnudo con una quemadura que me cruza la espalda y mis cortes en el ojo que siguen sangrando y están dejando el suelo como si estuviéramos asistiendo a la matanza de un cerdo, no es lo suficientemente clara. Porque no logro comprender cómo Dorkhan puede seguir pensando que tengo aposentos a los que ir, aposentos a los que me pueda llevar.

Estoy agotada y el dolor sigue siendo demasiado intenso. Solo quiero cerrar los ojos... el ojo, y evadirme por unas horas, días incluso. En estos momentos me da igual quién haga qué ni cómo. Ni siquiera me importa cuál va a ser mi final, yo tan solo me dejo sostener por los brazos fuertes de mi enemigo, con quien, curiosamente, me siento más segura ahora mismo.

Esos brazos que me arropan empiezan a moverse para cubrirme con una tela pesada que me hace apretar los dientes al pasar rozando por mi espalda. No me muevo, mantengo mi cabeza apoyada en su pecho y abro tan solo un segundo el ojo sano para comprobar que la tela que me cubre es la capa dorada de Dorkhan, la capa que pertenecía a Tean. Mi Tean. Él jamás habría permitido esto. Si siguiera vivo, habría actuado, pese a las consecuencias, mucho antes de llegar siquiera a los jardines. Mucho antes de dejar que me amparara en el enemigo.

El rey Nhero rodea mis hombros con un brazo y pasa el otro por detrás de mis rodillas para alzar me y dejar que apoye mi peso muerto en su torso. En esta posición consigo relajar los músculos y me doy cuenta de que está evitando en medida de lo posible presionar la herida en mi

espalda. Dejo caer mi cabeza sobre su pecho, lánguida, ya sin fuerzas, notando cómo su camisa empieza a empaparse de mi sangre y se pega a su cuerpo.

Siento que debería hacer al menos el intento de rehuir y pedir que me deje ir con Dorkhan, pero no puedo. Sé que quien me sostiene es la persona a la que juré matar, es el rey que mandó atacar nuestra muralla y asesinó a Dione y a Tean, es la persona por la que me encuentro en esta situación... pero el calor que me llega de su cuerpo me recuerda que también es mi voz, esa voz que me tiene obsesionada y con la que soy capaz de abrirme y ser yo misma, sin velos, sin mentiras, siendo completamente real.

Y, aun así, no sabe quién soy.

Lo odio. Odio que me confunda con la princesa y odio que me arrebatara a la persona que más he querido en mi vida. Pero ahora mismo, entre sus brazos, no puedo evitar pensar que es el único que le ha plantado cara a Vetnik y me ha ofrecido su ayuda, a mí, a alguien a quien cree que casi ni conoce. Además, ¿qué otra cosa podría hacer? Ir con Dorkhan me pondría en peligro, no puedo volver a mis antiguos aposentos y tampoco puedo quedarme en su habitación. Vetnik vendría a por mí de nuevo y no habría nada que pudiera hacer para evitar las mazmorras. No, ahora mismo, solo estoy a salvo si me mantengo con el rey de Ferrel.

Por un momento, me permito perderme en el recuerdo de sus labios rozando mis nudillos, ese preciso instante, segundos antes de que me invitara a bailar. Puedo incluso recordar cómo me abandonó la razón y me dejé llevar por esos labios indecentemente carnosos enmarcados en una mandíbula esculpida por la Diosa, envuelta en una fina barba descuidada de tres días, su nariz recta y simétrica, perfecta y, sus ojos... Sus ojos diamantinos que parecen ser capaces de atravesar mi alma.

El frío interrumpe mis pensamientos, me hace estremecer y el rey Nhero me aprieta más contra él. No sé si se debe a que me he permitido relajarme hasta el punto de estar casi dormida, pero repentinamente me parece que la temperatura ha bajado varios grados, incluso notando el calor que emana del cuerpo del rey. Solo el retumbar producido en su pecho a causa del sonido de su voz me distrae de mi tiritar incontrolable y me permito entregarme de nuevo a la gravedad de su sonido.

Su voz, pese a que hasta hace tan solo dos días solo sonaba en mi

cabeza, alejada como si estuviera debajo del agua y él me hablara desde la superficie, sigue siendo un bálsamo para mis sentidos. Me proporciona el alivio propio de los adictos al recibir sus dosis.

—No —dice. Consigue erizarme el vello de la piel y, por un momento, dudo de si es por el frío o por la peligrosa musicalidad en su voz—. Debes de estar loco si crees que la dejaré contigo.

De forma inconsciente, cierro la mano en un puño, agarrando con firmeza la camisa del rey Nhero.

—¿Cómo dice? —Oigo que pregunta Dorkhan entre dientes.

—Que no te la vas a llevar. —Detecto un deje de desafío en el tono, que vuelve a ser tan suave como cuando amenazó a Vetnik—. ¿He hablado claro o todavía no me has entendido?

—¿Y qué le hace pensar que voy a permitir que se la lleve?

—Es sencillo —dice con total calma—. Se te da muy bien cumplir órdenes.

Hay mucho implícito en esas últimas palabras y no puedo evitar sentir una punzada de dolor que nada tiene que ver con las heridas. Porque el rey Nhero tiene razón, Dorkhan cumple órdenes y siempre hace lo que se supone que es lo correcto. Por encima de todo y por encima de nadie está su deber.

—Pero da la casualidad de que usted no está en disposición de darme ninguna. No es mi rey. No es nadie en estas tierras —espeta cortante. Dorkhan suena cada vez más cerca.

De repente, soy consciente del silencio que se ha apoderado de los jardines, de todos los allí presentes. Incluso Vetnik ha dejado de aullar.

—No, no soy tu rey. Es cierto.

—Y, sin embargo, Sira sigue en sus brazos y no en los míos.

Noto cómo los dedos del Señor de la Noche aprietan sobre mi piel, sujetándome con más fuerza, como si Dorkhan me fuera a arrancar de allí. Por favor, dejad ya de discutir. Solo quiero descansar.

—¿Qué parte es la que no entiendes? —dice el rey avanzando un paso. Puedo notar sus músculos tensarse bajo la camisa a la que todavía me aferro—. Contigo, con el capitán de la Guardia Real de Wysbard, no estará a salvo.

Sé que para Dorkhan esto debe de ser tremendamente difícil, pero el

Creador de Sombras está en lo cierto. Aunque reconozco que estar en la posición del vlader es complicado. ¿Qué haría yo? Probablemente haría cualquier cosa por protegerlo, pero ¿sería capaz de dejarlo en manos de nuestro enemigo?

Con sinceridad, no me fío de las intenciones del rey de Ferrel, ni siquiera entiendo por qué me ha defendido ante la alimaña de Vetnik, pero ahora mismo es mi única vía de escape. Luego ya veré qué cartas me quedan bajo la manga y cómo puedo jugar con ellas.

—Yo puedo mantenerla a salvo. —Dorkhan está ya tan cerca que puedo notar cómo medio paso más me haría chocar contra su uniforme. Tan solo mi cuerpo se interpone entre él y el rey Nhero—. Daría mi vida por ella, ¿me oye?

—Puedo oírte, alto y claro. —Nhero arrastra las palabras mientras da el último paso con el que consigue que mi hombro contacte con el pecho de Dorkhan. Siento el movimiento de ambos al respirar agitadamente, la tensión que se palpa entre ellos. Debería intervenir, pero no me quedan fuerzas para discusiones de machos alfa—. Sin embargo, he tenido que ser yo quien cortara las sucias garras que estaban sobre ella y he tenido que ser yo quien pusiera fin a semejante atrocidad por la que estaba pasando. No me ha parecido en ningún momento que fueras a dar la vida por tu amada. Pero, quizás estoy equivocado y solo te estabas tomando tu tiempo para actuar.

Una especie de gruñido brota de la garganta de Dorkhan.

—Démela.

—Ya sabes que no lo haré. No insistas si no quieres acabar como el consejero al que, por cierto, deberías ir sacando de aquí. Igual que al resto de mirones.

Una risa aguda suena detrás de Dorkhan, una risa que me pone los pelos de la nuca de punta y me hace encoger un poco, como si buscara refugio entre esos brazos que me sostienen con firmeza. De pronto, dejo de sentir el contacto del vlader que, al parecer, se ha girado hacia el sonido chirriante que procede de la garganta de Vetnik.

—Da igual lo que hagáis ninguno de vosotros —declara el consejero todavía entre risas—. La sentencia es firme y nadie puede revocar la palabra del rey Ime Sila.

—¿Qué estás diciendo, desgraciado? —Los pasos de Dorkhan me indican que se aleja de nosotros en dirección a la repugnante serpiente.

El rey Nhero no se mueve y el silencio que nos envuelve se torna todavía más denso y espeso. Solo el sonido de las respiraciones me indica que aún están todos los habitantes de palacio arremolinados en los jardines, observando expectantes.

—Esa traidora ya no pertenece a la Guardia Real de Wysbard. Tampoco es ya Guardia Personal de nuestra princesa. —Vetnik deja de reír solo para poder deleitarse en sus propias palabras—. Sira pasará el resto de sus días en las mazmorras y no es sentenciada a muerte gracias a la benevolencia de Su Majestad.

Todas esas afirmaciones se me clavan en el pecho, una a una, y consiguen que me tense sin remedio. Esa es mi realidad ahora. No tengo a donde ir y no pertenezco a ningún lugar. Si el rey Nhero no me consigue algo de tiempo y no puedo escapar, moriré encerrada en una mugrienta mazmorra.

Y si consigo escapar... ¿a dónde iré? No puedo esconderme en Wysbard, eso sería demasiado arriesgado. Pero tampoco puedo ir a Ferrel ni sobrevivir en Miete sin ayuda. Quizás... pueda localizar a los rebeldes y unirme a su causa.

Sí, esa parece mi única salida.

De todas formas, antes debo conseguir algo de tiempo para recuperarme un poco, al menos, un día más para que los Polvos de Shtriga dejen de hacer efecto y pueda autocurarme.

Agarro con más fuerza la camisa del rey Nhero, apretando los dedos, esperando que entienda el gesto como una súplica para que no me deje con nadie más que con él. Es lo único que consigo hacer. Ni siquiera tengo fuerzas ya para abrir el ojo ni articular palabra.

Por suerte para mí, dentro de las circunstancias, el rey Nhero parece entender el gesto y da un paso hacia delante.

—Capitán. —Suelta un suspiro largo, como haciendo acopio de toda su paciencia, esforzándose para que su voz suene distinta, con un timbre que podría hacerlo pasar por comprensivo, amable incluso—. Si de verdad la amas, si realmente te preocupa su bienestar, entenderás que, de momento, solo está a salvo conmigo. La Guardia obedece y le es leal a su rey,

sería un suicidio para vosotros dos que intentarais protegerla.

El rey Nhero espera en silencio, dándole tiempo al vlader para que analice bien la situación y las escasas opciones, si no nulas, de las que disponemos para salir bien parados de esta. Puedo oír una especie de gruñido procedente de Dorkhan con lo que da a entender que desiste en su intento y cede a la protección del Señor de la Noche, gracias a la Diosa.

—Tan solo hoy. Esta noche. —Dorkhan suena como si tuviera lijas en la garganta, como si decir esas palabras fueran realmente una tortura para él—. La cobijará en sus aposentos y mañana por la mañana nos reuniremos para trazar un plan plausible con el que podamos mantenerla a salvo.

Los dedos que me agarran aflojan un poco la presión. Nhero avanza dos pasos antes de volver a detenerse cuando el capitán empieza a hablar de nuevo.

—Desde el momento en que la suelte no la volverá a tocar. —No es una advertencia ni una orden, es una amenaza, clara y directa, que me hace sentir orgullo por el vlader del que estoy enamorada—. Enviaré a Dalila para que la lave y la cambie.

—Puedes confiar en mí. —El rey de Ferrel hace una pausa intencionada antes de añadir en un susurro que solo yo puedo escuchar—. De momento. —Casi puedo imaginar la sonrisa torcida en su rostro—. También deberías enviar al curandero, al menos, para detener la hemorragia.

De nuevo, la risa afilada del consejero se arrastra hasta arañar mis oídos.

—No tenemos curandero. En palacio nos valemos de los engainn y puedo asegurarle que ninguno de ellos estará dispuesto a ofrecer su magia para sanar a una traidora y poner en peligro su vida por retar a Su Majestad.

Por supuesto que no.

Doy un respingo ante el sonido repentino de un golpe que, sin duda, corresponde a una bofetada bien dada, o un puñetazo, ojalá esto segundo, seguido de la voz de Dorkhan que se alza con fuerza, llena de odio.

—Será mejor que cierres la puta boca, pedazo de mier...

—Yo lo haré. Yo la sanaré.

Para entonces, ya soy incapaz de distinguir a quién pertenece esa voz que ha provocado murmullos y exclamaciones de asombro entre los

presentes. Noto un leve titubeo en los robustos brazos que me sostienen, antes de dejarme ir por completo y abandonarme en el agotamiento.



Aquí, rodeada de toda esta luz blanca y pura, me siento en paz. Esta tranquilidad y calma ya conocidas me hacen sentir como si tuviera un hogar donde me puedo recuperar de mis peores pesadillas. Aquí no existen ni el dolor ni el pesar. Esta estancia de luz es... nada y, a su vez, lo es todo.

Me quedo inmóvil. Como siempre ocurre en este lugar, no puedo moverme, soy una estatua que espera a que la hermosa mujer de mirada azul vuelva a aparecer.

Siento cómo mi corazón le da la bienvenida con impaciencia cuando empieza a materializarse a lo lejos y avanza muy despacio hacia mí, con movimientos delicados y fluidos. Es como ver a una ninfa de río deslizarse sobre las aguas.

Pero, cuando al fin la tengo tan cerca que puedo ver con claridad sus cautivadores ojos tricolor de nenúfar azul, me doy cuenta de que hay algo distinto en ella. Ahora no hay solo tristeza y amor en su mirada, ahora también hay una profunda furia nublándola.

Tal y como hizo en su última aparición, la mujer empieza a levantar su mano hacia mí. Puedo observar que todo en ella se mueve despacio, ya que el propio gesto provoca que su corta melena gris se ondule, pero no con el vaivén ordinario del cabello. Su pelo baila sobre los hombros muy lentamente, como si estuviera flotando bajo el agua, como si fuera humo empujado por el viento.

Al fin, posa su mano con suavidad sobre mi mejilla y lo que hace a continuación me oprime el pecho, porque entiendo... Entiendo la rabia en sus ojos. La mujer desliza el pulgar sobre mi párpado derecho. Una ligera caricia acompañada de una mandíbula apretada y unos ojos acuosos.

No logro entender del todo esta conexión que siento contigo, tu empatía, preocupación, protección, lo que sea que me transmites, pero desearía con todas mis fuerzas poder sonreírte para que sepas que, pese a todo, estoy bien. Mentirte y decirte que todo saldrá bien, porque, sin motivo aparente, no soporto verte así, sufriendo por mí.

El tiempo se nos agota. Lo sé porque la oscuridad empieza a devorar toda esta luz infinita, nos rodea hasta llegar a nosotras y nos engulle sin que podamos despedirnos. Otra vez.

Conforme despierto, lo primero que registran mis sentidos es el aroma embriagador a tormenta en la noche, con notas de cacao y cedro, que desprenden las sábanas. Un olor inconfundible que me hace pegar la nariz a la almohada y aspirar profundamente, a pesar de saber a quién pertenece.

Roto y me quedo tumbada con el colchón a mi espalda y los brazos completamente abiertos, abarcando todo el espacio que puedo. Me gusta notar la sábana fría en aquellas zonas que no han sido calentadas por mi cuerpo.

Abro los ojos poco a poco y, es entonces, cuando noto que algo no va bien, que algo me molesta. Puedo ver, sí, pero no abarco todo el perímetro, la zona a mi derecha permanece a oscuras y tengo que girar la cara para poder ver lo que hay a ese lado. Al realizar el movimiento, noto un roce en mi mejilla y por encima de la ceja. Además, algo me tira levemente del pelo, como cuando me ato la cinta a toda prisa al hacerme la trenza y quedan pelos sueltos atrapados en ella.

Desconcertada, me llevo la mano a la cara y mis dedos dan con una superficie lisa y satinada que me cubre el ojo derecho. Sigo tanteando. Recorro el objeto que no debería estar ahí, hasta alcanzar los bordes que lo delimitan y continúa por una cinta estrecha que rodea mi cabeza y lo mantiene en su sitio.

De repente, lo que me hubiera gustado considerar una simple pesadilla me sacude con violencia. Los recuerdos del brutal castigo, de la expulsión de la Guardia Real, de Vetnik, de los jardines, del dolor... vuelven a mí en avalancha provocándome vértigos. Aprieto los dientes y cierro los ojos con fuerza mientras intento controlar mi respiración y mis latidos, que se han vuelto arrítmicos, descontrolados y frenéticos. Siento tanta rabia y frustración... Agarro las sábanas con fuerza, las estrujo entre mis dedos y pataleo con furia contra el colchón a la vez que contengo un grito entre los dientes apretados.

Mi reacción puede parecer absurda, infantil e inútil, pero me ayuda a canalizar toda esta ira para después conseguir tomar bocanadas de aire de

forma consciente y controlada. Mi ojo sano comienza a disipar los puntitos borrosos que se habían acumulado en mi visión por haber apretado tanto el párpado, enfocando de nuevo.

Vamos, contróláte, no sirve de nada perder los nervios. Debes pensar con claridad. Estás en peligro, recuerda.

Me incorporo en la cama y analizo mi alrededor. La habitación, al principio, me resulta confusa. Parece la de Ezna, pero no lo es. Esta habitación es una réplica exacta a la suya, solo que distribuida justo al contrario, como vista desde un espejo. Por el olor que todavía me invade las fosas nasales y los recuerdos que tengo, deduzco que son los aposentos donde ha sido alojado el rey Nhero Sjena’Noc.

Salgo de entre las sábanas y me pongo de pie con cuidado de no hacerlo demasiado deprisa y perder el equilibrio en un mareo. Es entonces cuando me doy cuenta de que llevo puesto uno de mis conjuntos para dormir de seda rosa palo. Estoy preguntándome quién me habrá lavado y cambiado cuando me llegan unas voces masculinas procedentes del balcón, hablando casi en susurros.

Decido dirigirme hacia allí y averiguar quiénes están conversando, pero me detengo en el camino cuando mi reflejo en un espejo a mi lado me distrae. No me atrevo a moverme. Quiero y no quiero verme. Suelto el aire retenido por la boca y noto cómo mis piernas tiemblan. Es absurdo. Sé lo que voy a ver, pero... ¿Y si no estoy preparada? ¿Y si lo que veo resulta demasiado horrible? Debería salir al balcón mejor, pero...

Doy un paso hacia el espejo, dispuesta a afrontar mi nuevo aspecto, cuando una mano sujeta mi muñeca con determinación y llama mi atención con un pequeño tirón.

—Ey, cielo... Hola —Dorkhan me susurra como si hubiera visto un animalillo asustado. Puede que así fuera.

Con un vaivén, como si hubiera despertado de una profunda hipnosis, volteo y me pierdo en esa mirada creada por la Luna de Fuego, en esos labios suaves y gentiles, en su pelo espeso, negro como las plumas de los cuervos. Dorkhan está actuando como si no pudiera dejar de tocarme, pasa sus manos frenéticamente por mis mejillas, mi mandíbula, mi cabello, mis orejas, mis hombros... parece desesperado por sentirme.

—¿Te encuentras bien? —dice sin dejar de acariciarme. Me doy

cuenta de que sus ojos se pierden en mis labios reseco y sé que se está conteniendo. Una parte de mí desea que se lance, que me bese sin pedir permiso, no le hace falta. Pero otra parte de mí sabe que no lo hará, que esperará lo que sea necesario y se mantendrá prudente hasta que yo dé el primer paso y se sienta seguro. Como hizo cuando... Como hizo cuando Tean murió.

—No sé muy bien cómo responder a eso.

Puedo ver el deseo en su mirada, pero también percibo tristeza... o, más bien... ¿compasión? Por la Diosa, espero que no sea compasión. Aunque, quizás no es por mí. Quizás es por la misma razón por la que yo todavía no estoy enredando mi lengua con la suya. Quizás es porque va a resultar imposible que sigamos juntos después de lo que ha pasado.

Me muerdo el labio, conteniendo una mueca de dolor, no físico, un dolor que procede del corazón. Voy a tener que huir sin mirar atrás y, por más que me gustaría implorarle que viniera conmigo, no soy capaz. No puedo ponerlo en peligro por puro egoísmo ni quiero que me acompañe a vivir una vida que, con toda probabilidad, será miserable en muchos sentidos. Aunque, si fuese él quien se ofreciera... dudo que tuviera la fuerza de voluntad necesaria para impedirle que renunciara a todo por mí.

No. Sé que no lo haría, no lo detendría.

Me pongo de puntillas y noto el alivio en Dorkhan cuando poso mis labios sobre los suyos, sin presionar, un beso tan suave como sus caricias. El vladar suelta el aire por la nariz y relaja los hombros al mismo tiempo que me acoge en un abrazo que consigue derretirme por dentro. ¿Cómo he podido tener tanta suerte? ¿Cómo puede seguir amándose cuando mi aspecto debe de ser...?

Un carraspeo detrás de Dorkhan nos interrumpe. Me separo un poco del capitán y me asomo por encima de su hombro para ver quién es el inoportuno.

Trago saliva y el corazón se me sobresalta cuando veo al daimovac apoyado en el marco de la puerta del balcón con los brazos cruzados y una sonrisa traviesa que tira de sus labios hacia un solo lado. Me recreo en esa imagen que parece del todo irreal, demasiado perfecta para encajar en estos mundos.

Mi vista viaja, paseando por sus botas, sus pantalones de cuero negro,

su camisa gris holgada que tiene unos absurdos cordones adornando el cuello, por donde asoma su piel blanca como la luna y unos músculos propios de los guerreros más entrenados. Continúo siguiendo la forma cuadrada de su mandíbula, sus orejas y su cabello gris oscuro, del color del acero que forja las espadas, recogido en un moño descuidado, dejando a la vista los laterales rasurados.

Evito a toda costa mirar sus ojos. Aunque resulta imposible olvidarlos, olvidar esos diamantes relucientes y profundos, no mirarlos es la única forma de evitar quedar atrapada en ellos.

—Si vais a ponerlos cariñosos, os agradecería que salierais de mi habitación.

Pongo los ojos en blanco, disimulando todo lo que puedo el cosquilleo que me produce su voz, mi voz, y me aparto un poco de Dorkhan, no mucho. El capitán se gira para evitar darle la espalda al rey Nhero, pero mantiene una mano apoyada en mi espalda, como si temiera no haber dejado lo suficientemente claro lo que hay entre nosotros.

—Lamento interrumpir la escena. —El rey Nhero se aparta del balcón haciendo una mueca que me cuesta descifrar y da un paso hacia nosotros—. Pero os recuerdo que el tiempo no juega a nuestro favor. Deberíamos aprovechar que la señorita se ha despertado antes de lo que todos esperábamos para informar de la... nueva situación. —No se me escapa la mirada intencionada que me dirige en ese momento. Una mirada que me dice que se han producido cambios de los que todavía no estoy informada y probablemente no sean de mi agrado—. Eso nos evitará muchos quebraderos de cabeza en los días venideros hasta que salgamos hacia Ferrel.

Miro a Dorkhan, que no ha quitado los ojos de encima al daimovac desde que nos interrumpió, y luego miro al rey Nhero. Me hago a un lado, alejándome de ambos, y me apoyo en el mueble del tocador, haciendo un esfuerzo por no mirarme en el espejo. No delante de ellos. Estiro las piernas y cruzo los tobillos para adoptar una posición aparentemente relajada.

—¿Cuánto tiempo he pasado dormida? —pregunto, a ninguno en particular.

Parece que Dorkhan va a responder, pero el rey Nhero lo interrumpe antes de que pueda articular palabra.

—No mucho, por suerte. Tan solo la tarde de ayer y la noche, si es que

a esto lo podéis llamar noche. —Hace un gesto de desagrado con los labios y señala con la mano la luz que entra por los ventanales.

—Son las cuatro y media de la mañana —aclara Dorkhan.

Bajo la mirada con el ceño fruncido y me quedo un rato mirándome los dedos de los pies, los encojo y los estiro conforme mi cabeza le da vueltas al tiempo transcurrido.

—Tenía Polvo de Shtriga en mi organismo... —Vuelvo a mirarlos y, por un momento, me quedo paralizada por la imagen. Verlos ahí a los dos plantados, uno al lado del otro... La estampa es tan idílica que habría deseado tener el don del arte para poder plasmarlos en un cuadro y colgarlo en mi pared. Si tuviera una pared donde colgarlo, claro. Pestañeo rápido para volver a concentrarme en lo importante y expresar claramente mi desconcierto—. Según Vetnik —suelto el nombre con asco, como si el mero hecho de pronunciarlo me diera ganas de vomitar—, el efecto dura todo un día. Si eso es cierto, todavía debería estar sin la capacidad de autocuración y, probablemente, aún inconsciente.

Dorkhan vuelve a hacer ademán de hablar, pero antes de pronunciar palabra mira al Señor de la Noche con expresión retadora, esperando una señal por parte del rey para asegurarse de que no volverá a interrumpirlo. Nhero asiente un par de veces con la cabeza, no sin antes sonreír con satisfacción.

Estos dos acabarán matándose el uno al otro antes del atardecer.

—El príncipe Illinen Sila nos acompañó hasta aquí y sanó tus heridas. —Vaya, eso es... inesperado. Espero que el príncipe no se haya metido en problemas por ayudarme. Dorkhan titubea un poco antes de continuar—. Pudo detener las hemorragias y el dolor, pero su poder no fue suficiente para... evitar las cicatrices y recuperar...

—Y recuperar el ojo, puedes decirlo. No soy tan débil como para no poder afrontarlo —escupo las palabras como veneno. Un sabor amargo me invade el paladar cuando veo a Dorkhan bajar la vista al suelo y encogerse casi imperceptiblemente. No debería pagar con él mis frustraciones, no lo merece. Me acerco a él y entrelazo mis dedos con los suyos, gesto suficiente para que sus ojos vuelvan a encontrarse con los míos—. Lo siento. Pero que no menciones los hechos no hará que cambie lo que ocurrió. Cuanto antes lo... asuma con normalidad, antes lo asimilaré. —O

eso quiero creer. Le sonrío, aunque es una sonrisa vacía y sin vida, y sé que él se da cuenta, porque no me la devuelve como suele hacer. Cierro los ojos un momento e inspiro profundamente antes de abordar el tema que realmente me reconcome por dentro—. ¿De cuánto tiempo disponemos para... despedirnos?

La última palabra pasa por mi garganta como una bola de fuego, abrasándome, provocándome más dolor del que creí que llegaría a sentir.

—Eso no será necesario. —Y, esta vez, sí me sonrío.

Me quedo mirándolo con incredulidad, como si no lo hubiera entendido bien. ¿Acaso no es consciente de que debo abandonar Wysbard si quiero sobrevivir?

—Dentro de unas horas debemos hacer acto de presencia en el Salón del Trono —me informa el rey Nhero—. Se tratarán temas como formalizar mi compromiso con la princesa Ezna y organizar el viaje de regreso a mis tierras.

Ezna... su nombre hace eco en mi interior y remueve los pocos ciimientos que me mantienen estable. La última vez que nos vimos le fallé, como Guardia y como amiga. Tenemos una conversación pendiente antes de mi huida, aunque... no estoy segura de si podré reparar el daño que le he hecho.

—¿Qué tiene todo eso que ver conmigo? —pregunto, intentando quitarme esta sensación de sucia traidora de encima.

—Tú asistirás a esa reunión conmigo. —Sigo sin entender nada. ¿Qué sentido tiene que vaya al lugar donde me esperan los que me quieren ver en una mazmorra? Y, acompañando al enemigo, nada menos. ¿Nhero quiere que me suicide o qué? Debe de haber visto las dudas en mi expresión porque al rato añade—. Allí anunciaré que desde hoy formas parte de la Sojē de Ferrel.

La Sojē de Ferrel, su Guardia Real formada por daimovacs. Imposible. Todavía soy incapaz de cambiar mi expresión de sorpresa de la cara cuando digo:

—Eso no es posible. No soy una daimovac y no...

—Está decidido —me interrumpe Nhero con rotundidad, con la autoridad de un auténtico rey—. Es eso, pudrirte en una mazmorra o esperar la muerte mientras vagas de un lugar para otro huyendo de la Guardia de

Wysbard. Bajo mi punto de vista, tampoco es que tengas una alternativa mejor. Además —continúa. Ha suavizado el tono de voz. Cambiante, como lo era cuando nos comunicábamos a través del lazo—, de esta forma podrás seguir protegiendo a tu princesa. Solo será cambiar una guardia por otra.

Claro, una vez que el compromiso sea oficial, la Sojè del rey Nhero pasará a proteger también a Ezna, por lo que, a efectos prácticos, seguiría siendo su Guardia, pero...

—¿Y Dorkhan? —Recorro con mi mirada el rostro sospechosamente despreocupado del vlader, que me contempla como si no hubiera nada más valioso que yo en los mundos—. Has dicho que no tenemos que despedirnos.

—La princesa se ha quedado sin Guardia Personal. Sería lógico pensar que el rey Ime Sila quiera enviar a su mejor guerrero con ella para escoltarla en su viaje a Ferrel. Yo mismo me ofreceré voluntario para la labor.

El plan no podía parecerme mejor y, pese a un par de flecos sueltos, se sostenía.

—El rey no permitirá que la Guardia Real se quede sin capitán —comento.

—También hemos pensado en ello. —¿Hemos? ¿Desde cuándo Dorkhan y el rey Nhero se ponen a hacer planes juntos? El vlader cruza una mirada con el Creador de Sombras antes de continuar, como si me hubiera leído los pensamientos—. Renunciaré a mi puesto, Sira. Propondré a Aldan para que asuma el rol de capitán en mi lugar.

—No puedes hacer eso —digo conteniendo el aliento.

—Claro que puedo. —Dorkhan me acaricia la mejilla con el dorso de la mano—. Y lo haré. Por ti. Por nosotros.

Se me forma un nudo en la garganta y no puedo hacer más que lanzarme a él y abrazarlo con fuerza, aguantando las lágrimas que amenazan con salir. Me da igual que el mismísimo rey de Ferrel esté presente. Me da igual absolutamente todo. Dorkhan haría esto por mí, y eso me llena el corazón de una sensación tan dulce que nada más importa ya.

—Te dejamos un rato a solas para que puedas cambiarte —dice Nhero—. Como es evidente, no tengo aquí un uniforme de la Sojè para ti, no

voy por ahí con uniformes de sobra por si acaso. Pero Dalia te ha dejado algunas prendas en el armario.

—¿Dalia? —pregunto, arrugando exageradamente la nariz. Sé perfectamente a quién se refiere, pero quería darme el gusto de hacerle notar que Su Perfectísima Majestad se había equivocado—. ¿Quién es Dalia?

—Dalila, creo que se refiere a Dalila. —Me sigue el juego Dorkhan con un guiño.

—Sois insufribles —nos dice dándonos la espalda mientras camina hacia la salida—. Vístete rápido, te esperaré fuera.

Dorkhan sale detrás de él caminando de espaldas sin apartar la vista de mí y pasándose la mano por el cabello, en ese gesto tan suyo y que tanto me gusta.



CAPÍTULO 2

En cuanto se cierra la puerta siento la presión de la soledad. Me conozco bien y sé que me voy a asfixiar entre pensamientos y cavilaciones. Inspiro y espiro con fuerza por la boca, con la cabeza hacia atrás y los brazos en jarra, mirando a ningún punto en concreto del techo. ¿En qué momento se volvió mi vida tan caótica?

Con la intención de distraer mi mente de los quebraderos de cabeza, abro las puertas del armario situado al fondo del vestidor y reviso las prendas que Dalila me había dejado allí. Me decanto por unos pantalones estrechos de cuero marrón, una blusa color arena y unas botas altas, también marrones, que no tengo ni idea de dónde las habrá sacado la doncella, pero me gustan y se ven cómodas.

Estoy a punto de cerrar el armario, satisfecha con mi selección, cuando mi ojo se detiene sobre un corsé de cuero, de la misma tonalidad que las botas que acabo de adjudicarme. Dudo por un momento, pero finalmente alargo el brazo para alcanzarlo y me lo llevo también, junto al resto de prendas.

Al darme la vuelta para volver a la estancia principal, me fijo en que el vestidor está prácticamente vacío, a excepción de un par de camisas y unos pantalones. Parece que el rey Nhero tenía previsto que su visita a Wysbard fuera corta, muy, muy corta.

Voy directa al cuarto de aseo y avanzo como si tuviera prisa hasta la banqueta, donde abandono las prendas limpias que me pondré después del baño. Me desnudo y doblo con cuidado el conjunto de seda para, después, llevármelo a uno de los cajones que he visto en el armario. No sé cuánto tiempo me voy a quedar por aquí, así que mejor ser precavida

y tener al menos este conjunto a mano. El único del que dispongo si no puedo volver a mis aposentos para recuperar mis pertenencias.

Evitando a toda costa el espejo, fijo mi mirada en la inmensa bañera. Tal y como imaginaba, es exactamente igual a la de Ezna. No es una bañera en sí, sino que está construida por debajo del nivel del suelo y siempre tiene agua cubriéndola, que se mantiene tibia y limpia gracias a los pétalos artificiales, mágicos y obscenamente caros que flotan sobre ella. Siempre me ha recordado a un estanque. No me imagino al rey Nhero bañándose entre delicados pétalos... Bueno, sí me lo imagino. Me lo imagino y con demasiados detalles.

Bajo el par de escalones y me sumerjo en el agua. No está tan caliente como me gustaría, pero ahora mismo este baño me sabe a gloria y acabo de decidir que pienso quedarme aquí metida un buen rato.

Apoyo la cabeza en el escalón superior y cierro los ojos intentando descansar, pero una necesidad conocida aflora ante el recuerdo de lo que ya comenzaba a ser un ritual cuando me relajaba así en el baño. No debería hacerlo, es muy arriesgado, pero necesito saber que sigue ahí... sentirlo de nuevo.

Viajo por mi mente y nado en ella hasta dar con lo que busco. Tal y como sospechaba, el lazo sigue ahí, esperándome. Las dudas me asaltan y la precaución lucha contra el deseo y el anhelo que, ya debería saberlo, siempre ganan. Me estiro hacia el lazo aterciopelado y tiro suavemente de él, sintiendo el ya conocido pellizco en el pecho que acompaña al hecho de estar haciendo algo que sé que debería tener prohibido. En cuanto noto cómo se tensa desde el otro lado, mis músculos se relajan y expulso el aire que contienen mis pulmones. Un agradable cosquilleo recorre todo mi cuerpo y me hace estremecer de placer en cuanto oigo su voz suave, grave y tan dulce como la miel. Esa voz, que ahora pasea libremente y serpentea por mi cabeza consiguiendo que me olvide de todo lo demás.

—*Al fin me liberas de nuevo, mi cervatilla.*

«No ha sido más que un baile, mi cervatilla». El recuerdo me abrasa desde las entrañas y me sacude para que vuelva a la cruda realidad. Suelto el lazo rápidamente y me incorporo en el baño para evitar volver a caer en la tentación. Ahora que sé que el rey Nhero es la voz, seguir conversando con él por el lazo es arriesgado, muy arriesgado por más que me pese. Por más que lo eche de menos.

No puedo dejarme llevar por la voz y olvidarme de a quién pertenece en realidad. No puedo olvidar que Nhero es mi objetivo. Me recuerdo que él es la razón por la cual miles de vladars perdieron la vida, entre ellos, mi Tean. Él es el desencadenante de toda esta locura por la que estoy pasando. Por su culpa todo se torció. Tean y Dione murieron, mi relación con Ezna pende de un hilo, ha diezmado la confianza en mi relación con Dorkhan, me veo obligada a abandonar Wysbard, el castigo... todo ha sido por él. Y no puedo permitirme perder eso de vista. Él me lo ha arrebatado todo y yo pienso devolvérselo a partes iguales.

Por eso mismo no puedes volver a ceder ante el lazo, me repito. Por más que echas de menos esa sensación, esa libertad que sentías al ser tú misma y expresarte con libertad... todo eso ya no importa, no es real y debes olvidarlo. Nhero debe seguir pensando que es con la princesa con quien conversaba. Eso y formar parte de su Sojë son tu mejor baza para llegar a Ferrel y destruir todo cuanto ama.

Tampoco me olvido del rey Ime ni de Vetnik, por supuesto. De ellos también me encargaré. Todo a su debido tiempo.

Salgo del baño con un humor que me desquicia y envenena. Me pongo a tirones la fina lencería de encaje turquesa sin haberme siquiera secado antes y me acerco al espejo con una ira que crece y crece sin control dentro de mí, como un ente contra el que no puedo luchar.

Nhero, Ime, Vetnik. Por Tean, Dione, Ezna, Dorkhan y por mí.

Mi reflejo me devuelve una versión de mí que no reconozco. Me acerco más, hasta tener el cristal a un palmo de la cara, y tengo que retirar el vaho que lo empaña a causa de mi respiración.

Nhero, Ime, Vetnik. Por Tean, Dione, Ezna, Dorkhan y por mí.

Paso la yema de mis dedos por las cicatrices que cruzan mi rostro. Una de ellas empieza en la sien derecha, se pierde por debajo de un parche de satén negro que, supongo, Dalila me puso, y sigue su recorrido por el puente de la nariz hasta detenerse en el pómulo izquierdo. La otra, cruza en vertical mi ojo derecho desde prácticamente el nacimiento del cabello hasta la mejilla. Una cruz. Un monstruo.

Nhero, Ime, Vetnik. Por Tean, Dione, Ezna, Dorkhan y por mí.

Aprieto los dientes y golpeo el mármol de la pica con el puño, con tanta fuerza que se agrieta y me hace un corte en el lateral de la mano.

Observo cómo resbala la sangre antes de que la herida se cierre. Al parecer, ya ha pasado el efecto de los Polvos de Shtriga.

Vuelvo a observarme en el espejo, giro el torso y miro por encima de mi hombro para comprobar que la espalda también tiene una cicatriz que se dibuja ancha, trazando un camino en diagonal que va desde el hombro izquierdo hasta finalizar en la curva de la cintura del lado contrario.

Nhero, Ime, Vetnik. Por Tean, Dione, Ezna, Dorkhan y por mí.

Es injusto. Todo esto es injusto y lo van a pagar. Cada uno de ellos.

Me doy cuenta entonces de que mi respiración se ha vuelto sonora, como si saliera entre gruñidos y... mis dedos nocturnos están llameando. El color de la noche se extiende lentamente por el resto de mis manos, seguido de las llamas azules que empiezan a trepar por mis extremidades hasta alcanzar el codo.

Vuelvo a mirarme en el espejo y mi cara desencajada por el odio llega a asustarme. No parezco yo, tengo... la mirada de una bestia, mostrando los colmillos, fiera y a punto de atacar.

Me siento en el suelo para sentir el frío del mármol, como si eso consiguiera apagar el fuego de la rabia y la furia que arden en mí. Rodeo mis rodillas con los brazos, apoyo mi cabeza en ellas y cierro los ojos en un intento por calmarme.

No sé cuánto tiempo me paso así, en esa postura. Permanezco sentada en el suelo hasta que las llamas desaparecen y el color azul oscuro y brillante que me cubre las manos y los antebrazos vuelve a desvanecerse hasta permanecer únicamente en mis dedos.

Tras vestirme, me hago y deshago la trenza como unas tres veces y dudo en si me pongo o no el corsé otras tantas. Finalmente, opto por dejarme el cabello suelto, porque me hace sentir menos incómoda, con la falsa sensación de que la cortina de pelo oculta las cicatrices y el parche. También me dejo el corsé puesto. Define mi cintura y enfatiza mi silueta de reloj de arena, lo que me hace sentir más mujer y menos monstruo. Además, no me resulta molesto, ya que empieza justo por debajo del pecho y se apoya en mis caderas, por lo que no limita mis movimientos ni me oprime.

Solo me aventuro a salir de la habitación cuando ya siento mis nervios bajo control y empiezo a asumir mis inseguridades.

Abro la puerta decidida, erguida, fingiendo una confianza en mí misma que ha desaparecido. Salgo al pasillo con paso firme y... doy un grito, pego un brinco, me llevo la mano al pecho y me avergüenzo completamente de mi reacción.

—Menos mal que te he pedido que te vistieras rápido. —Nhero está sentado en el suelo con la espalda pegada a la pared, las rodillas flexionadas y los antebrazos apoyados en ellas. Me mira desde abajo, sin ocultar su diversión. ¿Quién en su sano juicio se pone a esperar a nadie sentado en el suelo?—. No quiero ni pararme a pensar lo que puedes llegar a tardar cuando no te das prisa.

—¿Qué haces ahí? ¿Quieres matarme del susto? —digo mientras recupero la compostura y sigo mi camino.

—¿Así le hablas a tu rey? —pregunta socarronamente. Se levanta de un salto con una agilidad sorprendente y avanza hasta ponerse a caminar a mi lado, entrelaza los dedos y se lleva las manos a la nuca, manteniendo los codos abiertos—. No pretendía asustarte, pero verte saltar como un gato erizado ha sido algo maravilloso.

—Muy gracioso, Su Majestad. —Hago énfasis en las últimas palabras y Nhero ríe por lo bajo, observándome de reojo desde su altura. Yo a duras penas le llego al pecho y parezco una duende diminuta a su lado.

—Bromas aparte, deberías mantenerte alerta y estar preparada para cualquier cosa, en todo momento. Esta vez ha sido divertido, pero la próxima vez puede que no sea yo quien te esté esperando tras la puerta.

Por más que me cueste, debo admitir que tiene razón y esta falta de prudencia podría costarme la vida. Eso me lleva a recordar...

Una sensación similar al pánico se apodera de mí cuando sus palabras me hacen ser consciente del peso que echo en falta sobre mi cadera. La ropa, las dagas, el calzado, todo, absolutamente todo me da igual perderlo, excepto eso.

—¿Ocurre algo? —me pregunta Nhero al notar el cambio en mi semblante.

—Tengo que recuperar mi espada —le contesto, es más una afirmación para mí misma que una respuesta a su pregunta.

—Tranquila, te conseguiré una cuando...

—No. Necesito recuperar mi espada —repito y busco su mirada—. No quiero ninguna otra más que esa. Es... importante para mí.

Nhero me estudia a través de sus ojos iridiscentes. No había olvidado esos diamantes relucientes, imposible hacerlo, pero sí había logrado evadir el recuerdo de lo que provocan en mí y el escalofrío, que me recorre la columna, y la forma en la que el corazón da un vuelco en mi pecho me preocupa. Desvío la mirada y me centro en los pasillos de mármol blanco y dorado.

No volvemos a cruzar palabra hasta llegar a la sala que precede al Salón del Trono, donde nos espera el daimovac que acompañaba a Nhero la noche del baile. El mismo ser al que alcancé con un dardo de viento mientras alzaba el vuelo huyendo de la batalla la mañana en que Tean murió. Cobarde. No puedo evitar una mueca de desagrado conforme nos acercamos.

En cuanto nos ve, el daimovac se levanta de una de las cuatro butacas que hay en cada esquina de la estancia y adopta una posición firme ante la presencia de su rey.

—Sira, te presento a Flint, actual Primer Ala. Flint, ella es Sira —dice Nhero señalándonos a ambos, tan erguido, tan correcto, tan cortés que me cuesta creer que se trata del mismo Nhero que antes venía conmigo por los pasillos—. Mi intención era presentaros con más tiempo y que os conocierais un poco antes de tener que asistir a la reunión. —Me mira y me sonrío hasta mostrar los colmillos. Condenado, qué guapo es—. Pero se ha pasado dos horas vistiéndose y no ha podido ser. —Pongo los ojos en blanco, pero Nhero no me da tiempo a replicar—. Flint, Sira se incorpora hoy a la Sojë Real. Ahora es uno de los nuestros. Ah, y antes de que se me olvide, en cuanto terminemos con esto iremos a recuperar su espada.

Un sentimiento de gratitud hace presencia en mí fugazmente. Hubiera permanecido ahí de no ser por el «ahora es uno de los nuestros». Ni en sueños.

—Entendido. Encantado, Sira, bienvenida a la Sojë —dice Flint, ofreciéndome su mano extendida.

Arqueo una ceja y lo miro con escepticismo. Flint frunce el ceño y se mira la mano que ofrecía, girándola de un lado a otro sin comprender.

—¿Qué pasa?

—No cuela. ¿Bienvenida y ya está?

—¿Se supone que tengo que decir algo más? —Me mira como si de verdad no entendiera mi confusión. Luego mira al rey Nhero en busca de alguna respuesta, pero este se limita a negar con la cabeza y encogerse de hombros.

—Lo siento, pero no me lo trago —digo cruzándome de brazos. Flint aparta su mano, dándose por vencido—. No soy una daimovac, no me conoces y ¿me das la bienvenida sin más?

—No cuestiono las decisiones de mi rey y no entiendo por qué asumes que tienes que ser una daimovac para formar parte de la Sojë. —Ahora es él quien se cruza de brazos—. También tuvimos una ninfa hace un tiempo. No ponemos carteles de «Prohibido el acceso a otras razas».

Nhero deja escapar una risa nasal y yo lo fulmino con la mirada antes de continuar con la conversación.

—Ya, bueno, pero yo tampoco soy una ninfa ni ninguna otra criatura procedente de la oscuridad de la que venís. Por la Diosa, formaba parte de la Guardia Real de Wysbard... Soy vuestro enemigo.

—¿Eso crees? —Flint me observa ahora de arriba abajo y me fijo en cómo entrecierra un poco los ojos cuando se centra en el color de los míos. Del mío, mejor dicho. Me hace sentir algo incómoda, pero no aparto la mirada.

—Tú no eres el enemigo. —Nhero me mira ahora con el semblante muy serio. Su voz, suave como la mantequilla, se abre camino hasta mí y consigue apaciguar un poco la llama que crecía en mi pecho. Ese efecto tiene su voz en mí. Un bálsamo, un antídoto al dolor y la ira—. Nuestro enemigo está ahí dentro. —Hace un gesto con la cabeza hacia las puertas de acceso al Salón del Trono—. Mejor dicho, nuestros enemigos. He decidido sumar al rubiales con orejas de punta a la lista. —Y añade un guiño que me hace tragar saliva y girarme de nuevo al Primer Ala.

¿Por qué tiene que ser tan condenadamente atractivo? Todo sería mucho más fácil si fuera desagradable a la vista y un capullo sin remedio. Me conformaría incluso con que fuera normal.

—Dices que no somos el enemigo, pero nos atacasteis —suelto corante. Noto cómo la bola de fuego vuelve a crecer dentro de mí, quemando desde el estómago hasta el pecho, avivada por los recuerdos—. Murieron